



Miami, agosto de 2015.

**E**speraba en una sala atestada de gente desde las ocho de la mañana. Me latía la cabeza, la espalda me mataba y seguro que se me habían atrofiado las nalgas de tanto estar sentada. Esa noche, necesitaría un baño caliente y una botella de vino para descontracturar mi alma.

Me levanté y todos los huesos de mi cuerpo crujieron. Emití un quejido.

–Pareces la abuela –bromeó Tabi.

Con una mueca de disgusto, estiré la espalda cual gato montés para demostrarle que aún podía moverme como cuando tenía veinte. Necesitaría dos botellas de vino, no una. Volví a tomar asiento al lado de mi hermana. En su lugar, yo me habría vuelto a casa después de la primera hora.

Una mujer vestida con un sobrio traje del color de la brea

salió de una habitación portando una lista. Crucé los dedos. Tabi también los cruzó. Era hora de que mi momento llegara. Era hora de que se cumpliera el destino para el que había nacido. La doña leyó un nombre en voz alta. No era el mío. La afortunada ganadora del turno saltó de la silla y acudió a su encuentro.

*Ojalá que se equivoque*, pensé. Según mi abuela, “no debes desearle el mal al prójimo”. Pero cuando te beneficiaba que a los demás les fuese peor que a ti, la cosa se percibía con otros ojos. Todas las mujeres en esa sala eran mi competencia. Ellas pensarían lo mismo de mí.

Al cabo de veinte minutos, la mujer del traje volvió a salir y la misma escena se repitió. La sala de espera se fue vaciando. ¿Cuánto más tendría que esperar a que pronunciara mi nombre? Mis piernas se sacudían sin control. Después de varias horas, se acababan las formas de pasar el tiempo y las ganas de seguir esperando.

No podía morderme las uñas porque mi prima Dalia (mi manicura) se enojaría conmigo, así que decidí jugar con un papel de caramelo que encontré en un bolsillo. Me negaba a extraer el teléfono y meterme en las redes sociales. En mi mente solo existía sitio para las líneas que había aprendido y repetía como loro a modo de mantra, una y otra vez.

—Relájate, me estás volviendo loca —exclamó Tábatha—. Sabes el libreto de memoria. Lo ensayaste un millón de veces. Hasta yo me lo sé y ni siquiera lo leí. Quédate tranquila, Alexa. Lo harás bien.

Traté de tranquilizarme y visualicé, como siempre, el

escenario de mis fantasías telenovelescas, en el cual soñaba con actuar algún día: el muelle de una isleta paradisíaca en el que mi galán ficticio perfecto me proponía matrimonio. Cubrí mi boca al descubrir un temor que no había tenido en cuenta: si conseguía el papel, tendría que besuquearme con un desconocido e, incluso, hacer escenas no aptas para niños delante de muchas personas. ¿Y si me pedían que hiciera un desnudo?!

*No te adelantes, Alexa, me dije en un tono maternal. Cuando llegue el momento, estarás preparada. Primero, pasa la audición. Enfócate en una cosa a la vez. Ommm.*

Intentar meditar me ponía más nerviosa, así que lo dejé.

–¿Y si me piden ahora que bese a alguien? –pregunté, al borde de un ataque de nervios–. ¿Qué hago, Tabi? Nunca besé a nadie en una actuación. ¿Y si me sale mal? ¿Si muerdo al actor sin querer?

–¿Por qué lo morderías? –Mi hermana rio.

–No sé, ¿porque tengo hambre? Ayúdame.

–No te pedirán un beso hoy –me tranquilizó–. Oí a un par de chicas hablando en el baño. Solo tendrás que decir lo que aprendiste y seguir alguna indicación del director.

Volví a respirar y agradecí que estuviera a mi lado. La próxima vez, le pediría que trajera unas bolsitas de papel, por si me daban ganas de vomitar. Sin su compañía, no hubiera sido capaz de soportar el nudo en mi estómago o las palpitaciones. Tal vez, ni siquiera hubiera tolerado la primera hora de espera. Era la única persona en el mundo que me tranquilizaba, la única que no quería asesinarme cuando



me ponía histérica. ¿Quién más, sobre la faz de la Tierra, me hubiera sonreído después de pasar horas sentada conmigo?

No había estudiado actuación desde niña, como la mayoría de mis compañeros de teatro, sino desde los dieciocho, después de la repentina muerte de mis padres. Sin embargo, cuando comencé a actuar, invertí todo mi esfuerzo y dedicación para, algún día, vivir de ello. Había descubierto mi vocación hacía trece años, cuando me aficioné a las telenovelas gracias a mi abuela. Ella profesaba gran admiración hacia la actriz Cassandra James: una “diva” de la pantalla chica. En cuanto la vi en *El largo beso del adiós*, supe que ese era mi camino.

Nadie pegaba cachetadas como esa mujer, con tanto ruido. Dejaba rojas las mejillas de los actores. Y no podían llorar, pero en sus ojos se notaba que les había dolido. Además, lanzaba miradas furibundas como ninguna: parecía que se le iban a saltar los ojos para afuera o que, en cualquier momento, su cabeza reventaría. Y cuando besaba, su fogosidad me hacía creer, muchas veces, que terminaría devorando a su pareja. Actuaba como si no le temiera a nada ni a nadie; por eso, la admiraba. Quería ser ella.

*Algún día*, me decía siempre.

Yo sí tenía miedos, a diferencia de la mujer a la que idolatraba. La posibilidad de interpretar una escena amorosa me provocaba pánico. Sin embargo, estaba dispuesta a conquistar mis temores con tal de que el director del casting volviese a llamarme. Si tenía que besar a un total desconocido delante de una cámara, lo haría con pasión real.

Besaría al hombre como si se tratara de Caleb James, el hijo de Cassandra. Protagonizaba todas mis fantasías.

Me abaniqué. Había entrado en calor. No debía pensar en hombres hermosos, ni en nada que me quitara la concentración. Entraría a un importante casting; un casting del cual dependería mi futuro y mi vida entera. Los estudios de *Telecursi* buscaban una actriz desconocida que interpretara el papel protagónico femenino de su nueva telenovela. No podía dejar escapar la oportunidad de mis sueños por nada del mundo.

Había dejado de escuchar a mi hermana, pero ella seguía hablando con el objetivo de tranquilizarme. Solo capté lo último:

—... y no vas maquillada como Dalia, así que estarás bien.

Lo decía porque me había maquillado ella. Se levantó y alisó su vestido de seda pegado al cuerpo. Le quedaba bien. Tomó el teléfono de su bolso y se alejó de mí a paso rápido.

El pánico me invadió.

—¿A dónde vas?

—Me llama André. Ahora vuelvo —respondió, caminando a la salida. Los constantes murmullos de la sala no la dejarían escuchar la *melodiosa* voz de su novio.

André era el único ente por el cual me dejaba plantada en medio de una crisis. Se me estrujó el estómago. ¿Qué tal si la mujer de negro me nombraba? ¿Qué tal si, por culpa del zoquete, tenía que enfrentarme sola a la primera gran y aterradora oportunidad de mi existencia?

Comparándome con mis rivales, nada en mí resaltaba.



Sin tacones, era un gnomo de jardín. Había llegado tarde al reparto de *pechonalidad* y tampoco llevaba ropa provocativa ni sabía lucirla por mi delgadez y escasa elegancia, así que, si alguien me elegía, sería únicamente por mi talento histriónico y natural carisma; que hubiera pasado los últimos días sin dormir, ensayando hasta en la ducha y preparándome para dar lo mejor de mí, también ayudaría un poco.

*Calma*, pensé después de cinco minutos. *Eres una mujer adulta y capaz. Puedes lograr lo que te propongas. Eres una guerrera amazona.*

El estómago se me estrujó otra vez. Inspiré hondo. Los nervios siempre me jugaban una mala pasada. Mis tripas gruñían, y temí lo peor cuando ese gruñido, en vez de calmarse, se intensificó. *Ay, no. No, no, no, no, no*, repetí para mí misma apretando los párpados, los labios y las benditas nalgas. Tenía que ir al baño. Intenté contenerme, pero mi control mental no estaba lo suficientemente desarrollado como para que detuviera los procesos fisiológicos de mi cuerpo. Me puse de pie y salí corriendo a los sanitarios.

Cuando salí, fresca y radiante cual flor del campo, descubrí que ya había pasado mi turno.

—¿Dónde te habías metido? —Tábatha estaba histérica, pensé que iba a pegarme un carterazo—. Te llamaron tres veces. ¡Tres!

—Estaba en el baño.

—¿Tenías que ir justo ahora?

—Me hacía, Tabi —expliqué con los ojos llorosos—. ¿Cuándo me llamaron?

–Hace veinte minutos. ¿Estuviste una hora ahí metida?

–Perdón por no haberme puesto un pañal –exclamé–. O un corcho.

Me dejé caer en una silla y pataleé con rabia hasta que se me salió un zapato. Según mi tío Emmanuel, “hay que extirpar las emociones negativas para que no lo envenenen a uno”. Él parecía un tipo feliz, así que yo le hacía caso. Su filosofía de vida no debía estar tan equivocada.

–¿Qué me ven? –pregunté a un par de entrometidas que se dieron vuelta cuando me oyeron desahogar mi frustración contra el suelo.

Tábatha me alcanzó el zapato y apoyó su mano en mi hombro.

–Espera aquí. Veré si puedes entrar.

Se fue de nuevo.

*Déjame sola*, pensé. Quería llorar. *No volverás a encontrarme.*

Fijé la mirada en la tira del sujetador desacomodado de una de las actrices y una lágrima solitaria hizo su aparición en uno de mis ojos. La limpié con el dorso de la mano y esboqué una sonrisa triunfal.

*¡No sonrías!*, me regañé. Se suponía que estaba triste y desolada. *Triste y desolada. Triste y desolada. Triste y desolada*, me repetí.

Entonces recité en voz baja, con toda la angustia que era capaz de evocar, de sentir e imaginar:

–¡Déjame sola, canalla insensato rompecorazones! No vuelvas a posar tu mirada lujuriosa sobre mí *nunca más*.



Me relajé después de mi tremenda actuación y cerré los ojos. Tres días atrás, ni siquiera sospechaba que me presentaría a una audición. Por lo general, mis compañeros de teatro me mantenían al tanto de los castings. Brenda, una amiga del grupo, y yo solíamos presentarnos juntas. Yo nunca salía seleccionada. Esta vez, había sido mi hermana la portadora de la noticia. Entró corriendo en la cocina mientras yo lavaba los platos, y me puso el teléfono a medio centímetro de los ojos.

–Hay una audición –anunció a viva voz–. ¡Para una telenovela de *Telecursi*! Tienes que participar.

Me sequé las manos con un trapo y tomé el aparato que me ofrecía.

–¿*Las lágrimas del amor*?

–Tienes que anotarte ya. ¡Es en tres días!

Así había empezado todo.

Y no avisé a nadie; ni siquiera a Brenda, porque no quería competir contra ella.

No habían transcurrido ni dos minutos en los que me había atrevido a cerrar los ojos para descansarlos, cuando sentí que alguien intentaba arrancarme la clavícula.

–¡Alexa, despierta! Te toca –exclamó Tabi.

–¿Me toca?! –grité y me levanté de un salto.

Caminé hacia la puerta donde la señora de negro me esperaba y, al traspasarla, saludé al director del casting con la más compradora de mis sonrisas. Enseguida me dio sus indicaciones, que trataría de seguir como una verdadera profesional:



–Preséntate ante la cámara y cuenta lo que has hecho hasta ahora. Luego di tus líneas. Intenta mostrarte angustiada, decepcionada, desesperada. El hombre que te engañó después de cinco años de matrimonio está ahí parado. –Señaló la nada–. Llorá, grítale y, cuando termines, quiero que te sientes en el suelo como si la vida no tuviera sentido.

Recurriría al recuerdo de Hueverto para llorar. Era un truco sucio, pero siempre funcionaba. Le había tenido mucho cariño a esa mascota de mi infancia.

La cámara se encendió.

–Mi nombre es Alexa Ross –me presenté con seriedad–, y me gradué en Arte Dramático, en la Escuela de Artes Escénicas Lupita Castro. Mi primer trabajo fue como la occisa número cuatro en un capítulo de *La ley y el desorden*. Después, actué de psicópata homicida en una obra de teatro el verano pasado y trabajé como extra en la novela esa del paralítico. ¿Cómo se llamaba? Ay, no me acuerdo. Pero yo hacía de una prostituta a la que se llevaban presa por haber robado un anillo. Hicieron un primerísimo primer plano de mi dedo.

Mostré mi dedo famoso ante la cámara. Sonreí con esplendor y me acomodé el largo cabello rubio para lucir elegante y competente. Hice una pose sexy mirando la cámara y me preparé para repetir por última vez las líneas que me concederían un pase directo al infierno del anonimato eterno o me abrirían las puertas celestiales de la actuación profesional.

Invocé a mi dulce Hueverto. Las imágenes de él se sucedieron en mi cabeza: le gustaba meterse en la cama de mi hermana; siempre la hacía gritar. Una vez le mordió un



glúteo a mi tío porque se sentó sobre él, y tuvieron que darle seis puntos. Yo solía ponerle sombreros de bebé y lo paseaba en un carrito por el vecindario. En ocasiones, se escapaba y aterrorizaba a los vecinos. El recuerdo de su graciosa carita de serpiente pitón bola, con la lengüita bífida afuera, y de sus ojos fríos y sin alma me provocó un nudo de emoción en la garganta. Estaba lista para actuar.

—Diego Alfonso, ¿quién es esa mujer?! —grité, señalando el punto hacia donde el director me había dicho que estaría parado el traicionero que me era infiel. Imaginé al sujeto: viril y atractivo como un futbolista noruego, con una sonrisa que derretía calzones. Abrazaba a una azafata mal vestida que había conocido en un viaje de negocios de su empresa. ¡Con razón había vuelto tan sonriente el infeliz!

No existía, pero lo odiaba por mujeriego y machista: la peor clase de hombres.

—Es tu amante. —Mi rostro se deformó por la ira. Y entonces grité como una mujer poseída por la locura—: ¡Tu amaaanteeee!

La mujer de negro se sobresaltó. También el camarógrafo. El director dejó caer el vasito con jugo de naranja que tenía en la mano. El líquido se derramó en sus pantalones, pero permaneció estoico y solemne, a pesar de que parecía que se había orinado encima.

—Acaso... ¿estás teniendo una aventura? —susurré intentando llorar. Me ardió un ojo—. ¿Me estás engañando a mí, tu compañera de toda la vida y la luz de tus entrañas? Déjame sola. ¡Déjame sola, canalla insensato rompecorazones!

Cerré los ojos con fuerza y las lágrimas por Hueverto cayeron. Me las limpié con la mano y seguí hablando, cada vez más metida en la piel de esa mujer engañada que un día había sido yo.

—No vuelvas a posar tu mirada lujuriosa sobre mí nunca más. ¿Entiendes? ¡Nunca más! Ni siquiera intentes buscarme, porque desapareceré. Olvídate de mi nombre: Perla Estrella del Mar Ramírez. Ella acaba de morir con tu traición. ¡Judas! Olvídate de mi rostro. Me haré una cirugía reconstructiva para que jamás me reconozcas. Olvídate de nuestros millones de dólares. Vaciaré la cuenta bancaria y te dejaré en la ruina como mereces. ¡En la ruina!

Solté una carcajada siniestra con expresión de loca. Me abracé a mí misma y caí de rodillas al suelo con la mirada perdida.

Hubo un minuto de silencio antes de que el director se atreviera a emitir sonido.

—Eh... gracias. Nos pondremos en contacto contigo.



—No me va a llamar —musité desanimada.

—Sí, te llamará. —Mi hermana conducía su Fiat 126 rojo a casa.

—No viste su rostro —dije cuando estacionó en la calle—. Debí pensar que estaba poseída.

Bajamos del coche, cerramos las puertas con fuerza para que quedasen trabadas y atravesamos el camino de piedra



bordeado de césped amarillento hasta nuestro chalet de una planta. Lo primero que oímos fue la música dramática que resonaba en la sala. La abuela Marlene veía una de sus telenovelas sentada en el sofá. Como la base de madera se había roto hacía años y nadie la había reparado, nos acomodamos con cuidado de no hundirnos, una a cada lado de ella.

–Bésala, Esteban Romualdo –decía con tono de enfado–. ¡Bésala de una vez!

Deseaba contarle del casting, pero no quería desilusionarla si no me escogían. Esperaría a tener buenas noticias.

–No va a besarla hoy –comentó mi hermana.

–Seguro que alguien los interrumpe en el último segundo –agregué.

–No arruinen las ilusiones de una abuela. Estuve esperando un mes esta condenada escena romántica. –Se dirigió al televisor–. ¡Ya bésense!

Miraba las telenovelas por los besos.

–Mataría por ser yo –murmuré, contemplando cómo ese hermosísimo y maravilloso espécimen masculino llamado Caleb James se aproximaba a la actriz insulsa que le habían escogido de compañera. Se me aceleró el corazón de imaginarlo frente a mí–. ¿Cómo logró ese papel? ¿Qué tiene de especial?

Eran mis celos los que hablaban. Me resultaba imposible ocultarlos; en especial, cuando se trataba de la tal Astrid *nosécuánto*. Mi hermana lo sabía, Marlene lo sabía; incluso mi tío Emmanuel, que ni siquiera se encontraba presente, lo sabía.

–Química –dijo la abuela sin apartar los ojos de la pantalla.

–¿Qué?

–Tienen química. ¿Ves? –Señaló a la pareja que se miraba con deseo. Entre ellos parecían saltar chispas que, en cualquier momento, ocasionarían un incendio—. Debe ser porque son novios en la vida real. Esas cosas se notan. Hacen tan buena pareja.

Algo de aquella actriz no me convencía, no me cuadraba.

–Estás celosa porque te gusta ese actor –señaló Tabi.

–Claro que no.

Me fascinaba.

–Claro que sí. –Sonrió como si lo supiera todo acerca de mí, lo cual era cierto.

–Basta, niñas. A todas nos gusta Caleb –replicó Marlene—. Aunque es un poco joven para mí. A mis treinta años me hubiese encantado salir con él. Ojalá ustedes se consiguieran un novio así, en vez de los monigotes que traen.

Me miró de reojo y retrocedí.

–Tienes treinta –anunció como si no lo supiera.

–¿Y qué? ¿Acaso no puedo estar soltera? –respondí—. ¿Por qué tengo que salir con alguien? Estoy enfocada en mi carrera, abu. No en formar una pareja. Es más, ni siquiera pienso tener hijos. Sola estoy bien.

–Ese chico me gusta para ti. Mira esos hoyuelos. ¿No te dan ganas de pellizcarlos?

–Es el actor de una novela. No el vecino de enfrente. ¿Crees que alguien como él de repente aparecería en la puerta de casa para invitarme un café?



—También actúas.

Apreté los labios y preferí no dar explicaciones de por qué no salía con un galán famoso. Para ella, aunque trabajara barriendo pelos en su salón de belleza, yo era actriz. Soñaba con que un día encendiera el televisor y me viera en la pantalla. La emoción en sus ojos me haría la persona más feliz del mundo.



Pasé tres días sin tener noticias del casting. Empezaba a pensar que no recibiría ningún e-mail, ninguna llamada, hasta que vi un nuevo mensaje en la bandeja de entrada de mi correo electrónico: un pequeño número rojo que me quedé mirando sin reaccionar. Si era alguna publicidad de Viagra, lanzaría el teléfono por la ventana.

La cabeza de mi hermana se asomó por sobre mi hombro. Como siempre, había entrado en mi habitación sin tocar la puerta. Ambas teníamos la misma mala costumbre de no respetar nuestra privacidad.

—¿Eso es un e-mail? ¿Por qué no lo abriste? Puede ser sobre el casting.

—¿Y si no es?

—Dame. —Me quitó el teléfono de la mano.

—¿Y? —pregunté sin poder esperar.

—Dame un segundo, mujer.

Se me salía el corazón por la boca.

—¿Y?! —volví a preguntar. La ansiedad me mataba.

Mi hermana me miró seria. El estómago se me daba vuelta.  
–Alexa... –comenzó a decir--, creo que deberías sentarte.  
Tomé asiento en la cama, temiendo un rechazo rotundo.  
Me preparé para escucharlo. Ya me había acostumbrado a que no me eligieran.

–“Estimada señorita Ross –leyó con voz sombría–: nos... ¡complace anunciarle que ha sido seleccionada para el segundo casting de *Las lágrimas del amor*! ¡Por favor, preséntese el próximo martes a las diecisiete horas en los estudios de *Telecursi*!”.

Abrí la boca sin creer lo que acababa de oír.

–¿Me eligieron?

–Te eligieron –anunció con un asentimiento.

–¡Me eligieron! –grité emocionada y trepé a la cama, sintiéndome igual que una adolescente a la que su amor platónico había invitado al baile de graduación.

Ella subió conmigo para abrazarme. Nos pusimos a saltar y gritar como desquiciadas hasta que nos caímos de cabeza.